

A dreamcatcher is the central focus of the image. It features a circular wooden hoop with a web of threads inside. From the bottom of the hoop, several long, brown feathers hang down. The background is a soft, out-of-focus sunset with warm orange and yellow light. The text is overlaid on the image in a white, serif font.

LOUISE ERDRICH

**La casa redonda**

Un domingo de primavera de 1988, una mujer india ojibwe es agredida en la reserva donde vive en Dakota del Norte. Los detalles de la brutal violación tardan en conocerse ya que Geraldine Coutts ha quedado traumatizada y se niega a revivir o contar lo ocurrido, tanto a la policía como a Bazil, su marido, y a Joe, su hijo de trece años. En solo un día, la vida del muchacho da un vuelco de forma irreversible. Intentará ayudar a su madre, pero esta se atrinchera en la cama hasta naufragar paulatinamente en un abismo de soledad. Cada vez más solo, Joe se verá arrojado de forma prematura al mundo de los adultos para el que aún no está preparado.

Mientras su padre, juez tribal, intenta conseguir que se haga justicia, Joe se siente frustrado con la investigación oficial y, con la ayuda de sus leales amigos, Angus, Cappy y Zack, se propone encontrar algunas respuestas por su cuenta. Su búsqueda les conducirá en primer lugar a la casa redonda, un espacio sagrado y de culto para los nativos de la reserva. Y esto no será más que el principio.

A Pallas

## Capítulo uno

1988

Unos pequeños árboles habían atacado los cimientos de la casa de mis padres. Tan solo eran unas plántulas con un par de tiasas y vigorosas hojas. Aun así, los tallos de los retoños habían conseguido deslizarse por las delgadas grietas de las tablillas decorativas y marrones que cubrían los bloques de cemento. Habían crecido dentro del muro invisible y no resultaba nada fácil arrancarlos. Mi padre se limpió la frente con la palma de la mano y maldijo su resistencia. Yo utilizaba una vieja y oxidada horquilla para dientes de león con el mango astillado; él blandía un largo y fino atizador de hierro para chimenea, que probablemente resultaba más perjudicial que beneficioso. A medida que mi padre taladraba la tierra a ciegas, allí donde intuía que podían haber penetrado las raíces, seguramente realizaba en el mortero oportunos agujeros para los pimpollos del próximo año.

Cada vez que yo lograba desenterrar algún arbolillo a duras penas, lo colocaba a mi lado, como si fuera un trofeo, en la estrecha acera que rodeaba la casa. Había brotes de fresnos, olmos, arces, arces americanos e incluso una catalpa de buen tamaño, que mi padre guardó en un tarro de helado y regó, pensando que podría encontrarle un sitio para replantarla. A mí me parecía un milagro que esos minúsculos árboles hubieran sobrevivido al invierno de Dakota del Norte. Habían recibido agua, desde luego, pero es-

casa luz y apenas unas migajas de tierra. Aun así, cada semilla había logrado enterrar y afianzar una raíz en lo más hondo, así como asomar fuera un zarcillo.

Mi padre se enderezó y estiró la espalda dolorida. Ya es suficiente, anunció, aunque solía ser un perfeccionista.

Yo era reacio a parar, sin embargo, y después de que entrara en casa para llamar por teléfono a mi madre, que había acudido a la oficina a buscar una carpeta, seguí es-carbando las ocultas raíces. Mi padre no volvió a salir y pensé que debía de haberse acostado para echarse una siesta, como ahora acostumbraba. Hay quien podría pensar que yo, un muchacho de trece años con mejores cosas que hacer, dejaría entonces de trabajar, pero fue al contrario. Conforme fue avanzando la tarde y la quietud y el silencio se fueron apoderando de la reserva, me parecía cada vez más importante exterminar a cada uno de estos invasores hasta el extremo de la raíz, donde se concentraba todo el crecimiento vital. Y también me parecía importante hacerlo con precisa meticulosidad, al contrario de tantas tareas que había realizado de forma chapucera. Todavía hoy me sorprende el esmero tan riguroso que mostré. Hundía la horquilla de hierro lo más cerca que podía a lo largo del brote con forma de ramilla. Cada diminuto árbol requería su propia y particular estrategia. Resultaba casi imposible no seccionar la planta antes de extraerla intacta de su tenaz escondrijo.

Desistí al fin; entré a hurtadillas en su despacho y cogí el libro de derecho que mi padre llamaba La Biblia. El *Manual de la Ley Federal India* de Felix S. Cohen. Mi padre lo había heredado de su padre; la cubierta de color rojo óxido estaba arañada y el largo lomo cuarteado, y en cada página aparecían anotaciones escritas a mano. Yo intentaba familiarizarme con la antigua lengua y las constantes notas a pie de página. Mi padre, o mi abuelo, había garabateado un signo de exclamación en la página 38, junto al caso escrito en cursiva, que naturalmente también había despertado mi

interés: *Estados Unidos contra ciento sesenta litros de whisky*. Supongo que uno de ellos debió de pensar que ese título era ridículo, al igual que yo. No obstante, estaba analizando la idea, puesta en evidencia en otros casos y reforzada en este, de que nuestros tratados con el Gobierno parecían ser tratados firmados con naciones extranjeras. Que la *grandeur* y la fuerza de las que hablaba mi Mooshum no se habían perdido por completo, ya que permanecían protegidas por la ley, al menos hasta cierto punto, que yo me proponía conocer.

Estaba leyendo y tomándome un vaso de agua fresca en la cocina cuando mi padre se levantó de la siesta y apareció, desorientado y bostezando. A pesar de su importancia, el manual de Cohen no era un libro plúmbeo y, cuando mi padre apareció, lo escondí rápidamente en el regazo, debajo de la mesa. Mi padre se lamió los labios reseco y se puso a dar vueltas en busca del olor a comida, tal vez, el ruido de cacharros, el tintineo de vasos o el sonido de unos pasos. Lo que me dijo me sorprendió, aunque aparentemente sus palabras sonaron intrascendentes.

¿Dónde está tu madre?

Su voz era ronca y áspera. Deslicé el libro en otra silla, me levanté y le di mi vaso de agua. Lo apuró de un trago. No repitió esas palabras, pero ambos nos miramos fijamente el uno al otro de un modo que, en cierta medida, me pareció adulto, como si él supiera que con mi lectura yo me había introducido en su mundo. Me sostuvo la mirada hasta que bajé los ojos. La verdad es que yo acababa de cumplir trece años. Dos semanas atrás, tenía doce.

¿Trabajando?, respondí, para escapar de su mirada. Yo daba por sentado que él sabía dónde estaba, que ella le había dado esa información cuando la llamó. En realidad, yo sabía que no estaba trabajando. Ella había contestado a una llamada de teléfono y después me había dicho que iba a la oficina a buscar un par de carpetas. Como especialista del registro tribal, seguramente estaría dándole vueltas a

alguna solicitud que había recibido. Era domingo; de ahí tanto secretismo. El tiempo detenido del domingo por la tarde. Aunque hubiese ido a la casa de su hermana Clemence para hacerle una visita después, mamá debería de estar ya de vuelta para preparar la cena. Ambos lo sabíamos. Las mujeres no son conscientes del enorme valor que otorgan los hombres a la regularidad de sus hábitos. Metabolizamos sus idas y venidas en nuestros cuerpos y sus ritmos en nuestros huesos. Nuestro pulso acompasa el suyo, y como siempre en las tardes del fin de semana, aguardábamos a que mi madre nos marcara inexorablemente el paso del tiempo hasta la noche.

Por lo que su ausencia detuvo el tiempo.

¿Qué hacemos?, preguntamos al unísono, algo que resultó de nuevo desazonador. Pero al verme nervioso, mi padre, al menos, tomó las riendas de la situación.

Vamos a por ella, dijo. E incluso en ese momento, mientras me ponía la cazadora, me alegraba de que se mostrara tan decidido: «a por ella», no solo a buscarla, ni salir en su busca. Saldríamos y la encontraríamos.

Habrá pinchado, razonó. Seguramente llevó a alguien a casa y tuvo un pinchazo. Estas malditas carreteras. Caminaremos hasta la casa de tu tío para que nos deje el coche e iremos a por ella.

A por ella otra vez. Caminé a su lado. Andaba con paso ligero y todavía vigoroso una vez que se ponía en marcha.

Se había hecho abogado y después juez, y también se había casado ya mayor. También yo fui una sorpresa para mi madre. Mi viejo Mooshum me llamaba «Oops<sup>[1]</sup>»; era el apodo que me había puesto, y por desgracia, a otros miembros de la familia les hizo gracia. Por ello, a veces me llaman Oops, incluso a día de hoy. Bajamos la colina hasta la casa de mis tíos —una casa verde claro del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano, protegida por unos

chopos y cuyos aspecto y categoría habían sido mejorados con tres pequeños abetos azules—. Mooshum también vivía allí, en una eterna neblina. Todos nos sentíamos orgullosos de su extraordinaria longevidad. Era un anciano, pero todavía cuidaba activamente del jardín. Tras los esfuerzos realizados, se acostaba en un catre —un amasijo de palos— junto a la ventana para descansar, echaba unas cabezadas, a veces emitiendo unos roncospisporroteos que seguramente eran risotadas.

Cuando mi padre explicó a Clemence y a Edward que mi madre había pinchado y que necesitábamos su coche, como si de verdad fuera sabedor del supuesto pinchazo, casi me eché a reír. Parecía haberse convencido a sí mismo de la verdad de su conjetura.

Salimos del camino de acceso marcha atrás en el Chevrolet de mi tío y nos dirigimos a las oficinas tribales. Dimos una vuelta completa al aparcamiento. Vacío. Las ventanas estaban a oscuras. Tras salir marcha atrás de la entrada, giramos a la derecha.

Seguro que ha ido a Hoopdance, dijo mi padre. Necesitaría algo para la cena. Tal vez quería darnos alguna sorpresa, Joe.

Soy el segundo Antone Basil Coutts, pero me pelearía con cualquiera que añadiera un número a mi nombre. O me llamara Basil. Decidí llamarme Joe al cumplir seis años. A los ocho, me di cuenta de que había elegido el nombre de Joseph, el padre de mi padre, el abuelo al que nunca conocí salvo por las inscripciones en los libros de páginas amarillentas y de cubiertas de cuero cuarteadas. Dejó en herencia varias estanterías repletas de estas antiguallas. Me molestaba no tener un nombre totalmente inédito para distinguirme del tedioso linaje de los Coutts, hombres responsables y rectos, incluso improvisados y desenvueltos héroes, que bebían tranquilamente, fumaban algún que otro

puro, conducían un coche práctico y solo mostraban su valía al casarse con mujeres más inteligentes. Yo me veía diferente, aunque todavía no sabía en qué. Incluso en ese momento, aplacando mi angustia mientras partíamos en busca de mi madre, que había ido a la tienda de comestibles — nada más, seguramente nada más—, fui consciente de que lo que estaba sucediendo era algo fuera de lo normal. Una madre desaparecida. Algo que no le ocurría al hijo de un juez, ni siquiera a uno que viviera en una reserva. De un modo impreciso, esperaba que algo ocurriera.

Yo era ese tipo de muchacho que se pasaba los domingos por la tarde arrancando de cuajo arbolitos de los ciemientos de la casa de sus padres. Tendría que haberme rendido a la ineluctable evidencia de que ese sería el tipo de persona en que me convertiría al final, pero no dejaba de luchar contra esa perspectiva. Sin embargo, cuando digo que deseaba que ocurriera algo, no me refiero a nada malo, sino tan solo a algo. Un acontecimiento excepcional. La observación de algo singular. Ganar al bingo, aunque los domingos no eran días para jugar al bingo y habría sido totalmente anómalo que mi madre fuera a jugar. Eso era lo que yo deseaba, no obstante: algo fuera de lo normal. Nada más.

A mitad de camino a Hoopdance, caí en la cuenta de que la tienda de comestibles cerraba los domingos.

¡Pues claro! Mi padre estiró el mentón y apretó el volante con las manos. Tenía un perfil que parecía un indio en un cartel de cine y un romano en una moneda. Había cierto estoicismo clásico en su nariz aguileña y su mandíbula. Siguió conduciendo, porque —sostuvo— quizá a ella también se le había olvidado que era domingo. Fue entonces cuando nos cruzamos con ella. ¡Allí mismo! Pasó zumbando por el carril contrario, absorta, superando el límite de velocidad, ansiosa por volver a casa con nosotros. ¡Pero ahí estábamos nosotros! Nos echamos a reír ante su gesto tenso mientras

dábamos media vuelta en la carretera estatal y nos poníamos a seguirla, pisándole los talones.

Está loca, se echó a reír mi padre, aliviado. ¿Lo ves?, ya te lo dije yo. Se le había olvidado. Fue a la tienda y se olvidó de que estaba cerrada. Ahora estará furiosa por haber malgastado gasolina. ¡Ay, Geraldine!

Había adoración, asombro y un tono divertido en la voz de mi padre cuando pronunció esas palabras. «¡Ay, Geraldine!». En tan solo esas dos palabras quedaba claro que amaba y siempre había amado a mi madre. Nunca había dejado de agradecer que ella se hubiera casado con él y, además, que en el mismo paquete, le hubiera dado un hijo cuando había empezado a pensar que sería el último de su linaje.

Ay, Geraldine.

Sacudí la cabeza con una amplia sonrisa mientras conducía y ya todo estaba bien, más que bien. Ahora podíamos admitir que la inusual ausencia de mi madre nos había preocupado. Podíamos tomar una repentina y nueva conciencia de lo mucho que valorábamos el carácter sagrado de nuestra pequeña rutina cotidiana. Por muy alocado que me viera a mí mismo reflejado en el espejo, en mi mente valoraba tales placeres corrientes.

Así que ahora nos tocaba a nosotros preocuparla a ella. Un poquito nada más, dijo mi padre, solo para que probara un poco de su propia medicina. Nos tomamos nuestro tiempo para llevar el coche de vuelta a casa de Clemence y subir la colina a pie, anticipando esta vez la indignada pregunta de mi madre: ¿Dónde estabais? Ya me la estaba imaginando con los puños cerrados y los brazos en jarras. Su sonrisa a punto de asomar detrás de su ceño fruncido. No tardaría en reír en cuanto oyera la historia.

Recorrimos el camino de tierra de la entrada, donde mi madre había plantado los brotes de pensamientos que había cultivado en cartones de leche, y que ahora lo bordeaban formando una estricta hilera. Los había sacado pronto.

La única flor capaz de soportar una helada. A medida que nos acercábamos por el camino, advertimos que seguía dentro del coche. Sentada en el asiento del conductor, ante el panel blanco que conformaba la puerta del garaje. Mi padre echó a correr. Yo también lo vi en la postura de su cuerpo: contracción y rigidez, algo iba mal. Cuando llegó al coche, abrió la puerta del conductor. Mi madre tenía las manos aferradas al volante y la mirada vacía clavada en el horizonte, como la habíamos visto cuando nos cruzamos con ella en dirección contraria, de camino a Hoopdance. Habíamos advertido esa mirada fija y nos había hecho gracia entonces. ¡Estará furiosa por haber malgastado gasolina!

Yo estaba justo detrás de mi padre. Incluso en ese momento tenía cuidado de no pisar las hojas festoneadas y los capullos de los pensamientos. Colocó sus manos en las de ella y, con delicadeza, fue despegando sus dedos del volante. Sosteniéndola por los codos, la sacó del coche y la sujetó mientras ella se giraba hacia él, todavía encorvada con la forma del asiento del coche. Se desplomó sobre él, con la mirada ausente, sin verme. Había vómito por toda la parte delantera de su vestido, y su falda y la lona gris del asiento del coche estaban empapados de su sangre oscura.

Ve a casa de Clemence, dijo mi padre. Ve y diles que me llevo a tu madre a urgencias a Hoopdance. Diles que vayan.

Con una mano, abrió la puerta del asiento trasero y, después, como si se tratase de algún espantoso baile, condujo a mamá hasta la esquina del asiento y, muy despacio, la tendió allí. La ayudó a ponerse de costado. Ella no hablaba, aunque se humedeció los labios partidos y ensangrentados con la punta de la lengua. Vi cómo parpadeó, frunciendo el ceño. Su cara comenzaba a hincharse. Rodeé el coche y me subí a su lado. Le levanté la cabeza y deslicé una pierna debajo. Me senté a su lado, sosteniéndola por el hombro con el brazo. Tiritaba con un temblor continuo,

como si hubiesen encendido un interruptor en su interior. Desprendía un fuerte olor, a vómito y a algo más, como gasolina o queroseno.

Te dejaré allí arriba, dijo mi padre, mientras daba marcha atrás y hacía chirriar los neumáticos.

No, yo también voy. Tengo que sujetarla. Llamaremos desde el hospital.

Casi nunca había desafiado a mi padre ni con palabras ni con hechos. Pero ni siquiera nos dimos cuenta de ello. Ya habíamos intercambiado esa mirada, extraña, como entre dos hombres adultos, y yo no había estado preparado. Pero aquello no importaba. Sujetaba ahora a mi madre firmemente en el asiento trasero del coche. Me había manchado con su sangre. Extendí la mano hacia la luna trasera y cogí una vieja colcha de cuadros que guardábamos allí. Tiritaba de tal forma que temí que fuera a romperse en mil pedazos.

Rápido, papá.

De acuerdo, respondió.

Y salimos volando. Aceleró el coche hasta ponerlo a ciento cincuenta. Volamos.

Mi padre poseía una voz capaz de tronar; se decía que había cultivado esta característica. No había sido así en su juventud, pero había tenido que utilizarla en los tribunales. Su voz tronó e inundó todo el vestíbulo de urgencias. Los celadores colocaron a mi madre en una camilla y mi padre me mandó que llamara a Clemence y esperara. Y ahora que lo que impregnaba el ambiente era su ira, crepitante y cristalina, me sentía mejor. Fuera lo que fuera lo que había pasado, tenía solución. Gracias a su furia, que era algo singular y que daba resultado. Él sujetaba la mano de mi madre mientras la trasladaban a la sala de urgencias. Las puertas se cerraron tras él.

Me senté en una silla de plástico moldeado de color naranja. Una escuálida mujer embarazada había pasado delante de la puerta abierta del coche, mirando detenidamente a mi madre, asimilando la escena antes de inscribirse en el mostrador. Se sentó frente a mí y cogió un viejo número de la revista *People*.

¿Es que los indios no tenéis vuestro propio hospital allá? ¿No estabais construyendo uno nuevo?

El pabellón de urgencias todavía está en obras, respondí.

Aun así, dijo.

¿Aun así, qué? Procuré hablar con voz cortante y sarcástica. Nunca fui como tantos niños indios, que bajaban los ojos en silencio tragándose su rabia sin decir nada. Mi madre me había enseñado otra cosa: a no dejarme intimidar.

La mujer embarazada frunció los labios, se sentó y se puso a leer la revista. Me dirigí al teléfono público, pero no tenía dinero. Me acerqué a la ventanilla de la enfermera y le pedí que me dejara hacer una llamada. Estábamos lo bastante cerca como para que fuese una llamada local, por lo que la enfermera accedió. Pero nadie contestó. Así supe que mi tía había llevado a Edward a adorar el sacramento, motivo por el que estaban fuera de casa los domingos por la noche. Decía que mientras Clemence adoraba el sacramento, él meditaba sobre cómo era posible que los hombres hubieran evolucionado desde los simios solo para sentarse boquiabiertos alrededor de una galleta redonda y blanca. El tío Edward era profesor de ciencias.

Volví a sentarme en la sala de espera, lo más lejos posible de la mujer embarazada, pero la habitación era muy pequeña, de modo que no llegó a ser lo bastante lejos. La mujer hojeaba la revista. Cher salía en la portada. Yo podía leer las palabras escritas al lado de su mandíbula: «Hizo de *Hechizo de luna* un éxito de taquilla, su novio tiene veintitrés años y es lo bastante dura como para decir "tócame las narices y te mato"». Pero Cher no parecía dura. Tenía el as-

pecto de una muñeca de plástico sorprendida. La mujer huesuda y abultada echó un vistazo a Cher y me dirigió una mirada maliciosa.

Parece que esa pobre mujer ha tenido un aborto o tal vez..., bajó la voz... la hayan violado.

Alzó el labio de sus dientes de conejo mientras me observaba. Su pelo desgredado y amarillento se agitó. Le devolví la mirada, clavándola en sus ojos castaños desprovistos de pestañas. Entonces, por instinto, hice algo anómalo. Me incliné y le arrebaté la revista de las manos. Sin quitarle los ojos de encima, arranqué la portada y dejé caer el resto de la revista. Rompí otra vez la hoja. Las cejas idénticas de Cher se partieron. Le devolví la portada y la mujer aceptó los pedazos. De pronto me sentí mal por Cher. ¿Qué me había hecho? Me levanté y salí de la sala.

Me quedé fuera. Podía oír la voz de la mujer, elevada y triunfal, que se quejaba a la enfermera. El aire se había vuelto gélido, y con la oscuridad me recorrió la espalda un sigiloso escalofrío. Di unos saltitos sobre un pie y el otro mientras movía los brazos. Me daba igual. No volvería allí dentro hasta que aquella mujer se marchara, o hasta que mi padre saliera y me dijera que mi madre estaba bien. No podía dejar de pensar en lo que había dicho esa mujer. Aquellas palabras eran una puñalada en mis pensamientos, tal y como ella pretendía. Aborto. Una palabra que yo no entendía del todo pero que sabía que tenía que ver con bebés. Algo que era imposible. Mi madre me había contado, seis años atrás, cuando le daba la lata con la idea de tener un hermanito, que el médico se había asegurado de que no pudiese quedarse embarazada después de que yo naciera. No podía ocurrir. De modo que solo quedaba la otra palabra.

Al cabo de un rato, vi que una enfermera acompañaba a la mujer embarazada al otro lado de las puertas. Esperé que

no la pusieran ni remotamente cerca de mi madre. Volví a entrar y telefoneé de nuevo a mi tía, que me dijo que dejaría a Edward con Mooshum y acudiría enseguida. También me preguntó qué había ocurrido, qué le pasaba.

Mamá está sangrando, respondí. Se me hizo un nudo en la garganta y no pude decir nada más.

¿Está herida? ¿Ha tenido un accidente?

Conseguí balbucear que no lo sabía y Clemence colgó. Una enfermera con gesto adusto salió y me pidió que fuera junto a mi madre. La enfermera reprobaba que mi madre hubiese preguntado por mí. Insistió, dijo. Quise ir corriendo, pero seguí a la enfermera por un pasillo luminoso hasta una sala sin ventanas, en cuyas paredes se alineaban vitri-  
nas metálicas verdes. La habitación tenía una luz tenue y mi madre llevaba una fina bata de hospital. Una sábana le cubría las piernas. No había sangre por ninguna parte. Mi padre se hallaba de pie a la cabecera de la cama, sujetando la barra metálica con la mano. Al principio, no le miré, solo a ella. Mi madre era una mujer hermosa: eso era algo que siempre había sabido. Un hecho reconocido por la familia y por los desconocidos. Clemence y ella tenían la piel de color café con leche y un cabello precioso, negro, lustroso y rizado. Incluso después de haber tenido hijos, eran delgadas. Serenas y directas, con miradas firmes y seguras de sí mismas, y unos labios de estrellas de cine. Cuando se reían a carcajadas, en cambio, perdían toda su dignidad, y se atragantaban, resoplaban, eructaban, jadeaban e incluso se tiraban pedos, lo que les causaba cada vez más hilaridad. Normalmente una provocaba a la otra, pero a veces también mi padre podía hacerles perder el control. Incluso entonces estaban preciosas.

Ahora su rostro aparecía hinchado con verdugones, se había deformado y presentaba un aspecto horrible. Aguzó la vista entre las delgadas aberturas de la carne macilenta de sus párpados.

¿Qué ha pasado?, le pregunté tontamente.